

CAPITULO XXXII

TRES NOTICIAS HORRENDAS

COMO complemento del capítulo anterior y antes de que vaya á pasársenos, diremos que Almonte se puso en salvo yéndose á Paris con una misión especial en el mes de Abril y Cesar entregó á Lacunza la situación financiera poniendo también piés en polvorosa.

En este nuevo capítulo vamos á saber cuál fué la misión del gran Mariscal y el éxito que tuvo.

Por de pronto, y dando un salto de unos cuantos meses, en los que menudearon los acontecimientos sin importancia, siendo más las victorias que los descalabros de los imperialistas, pues todos los días se libraban combates desde Chiapas hasta Sonora y desde el rio Bravo hasta Acapulco, sin que los republicanos se dieran por vencidos á pesar de la inmensa sangría que estaban sufriendo, causada, no tanto ya por el sable francés como por las terribles córtes marciales, que cual otros tribunales de la inquisición,

cegaban cabezas de lo lindo; por de pronto, repetimos, tenemos que trasladarnos á un lugar pintoresco que participa de la exuberante vegetación de la tierra caliente, sin las desventajas del mal clima.

Es un pueblecito situado como á unas dos leguas de Cuernavaca, escondido entre un bosque de corpulentos árboles que se llama Acapancingo y que Maximiliano escogió para pasar sus horas de recreo, sin que la Emperatriz supiera en donde se encontraba. El Soberano nunca decía que iba á su quinta de Acapancingo, sino á Cuernavaca, en donde hay una finca que denominaron palacio de Hernan Cortés, convertida en palacio imperial por Maximiliano, sirviéndole este de pretexto para sus excursiones. Todavía más: para que Carlota no tuviera ni siquiera tentaciones de seguirlo, solía decirle:

—Voy á descansar unos días á Cuernavaca en donde reina una temperatura que me hace bien; pero tengo que cruzar las montañas del Ajusco en donde pululan las bandas de guerrilleros y vadear á caballo profundas barrancas y caudalosos ríos, ¿quieres acompañarme?

—No, le contestaba invariablemente la princesa, solo tú puedes tener gusto por unos lugares tan lóbregos.

—Toma descanso mi espíritu de las incomodidades de la corte y mi cuerpo recobra su vigor ante aquella naturaleza virgen en que no hay mas que árboles frutales, agua que corre por todas partes y enormes montañas que con sus inmensas arboledas oscurecen el horizonte. Eso me agrada.

—Anda, pues, le decía la princesa con ternura, yo

representaré entre tanto aquí la dignidad imperial.

En el pueblo de Acapancingo hay frente á la desierta placita una casa de mejor apariencia que las demás con una huerta que se extiende como á un kilómetro, poblada de cafetos y mangos: fué la que compró Maximiliano y dedicó á sus excursiones de placer.

La casita tiene un zaguán, un patio y cinco ó seis piezas de adobe, yendo á dar frente las del segundo departamento, que ya forman una especie de pabellón, á la huerta misma. Se sale á un corredor y al pié del corredor hay una ancha escalinata por donde se baja á un gran tanque. Este era el baño de S. M. y que en esa época estaba perfectamente adecuado para su objeto. Ahora se ven las paredes desnudas y tristes tanto del corredor como de las habitaciones; pero entonces los muros estaban cubiertos con elegantes tapicerías y abundaban los espejos, los cuadros de arte, los cortinajes, los jarrones, las estatuas, y el mueblaje era el que correspondía á una residencia imperial. Todo desapareció entre las garras de los beduinos, y hoy no se vé mas que una casa vacía y pobre, una huerta poco atendida y el agua que corre casi naturalmente inundando los cañaverales. Los viajeros que van á Cuernavaca se dirigen en su mayoría á la casita de Acapancingo, que visitan como una curiosidad y compran á los encargados de la famosa quinta cucuruchos de café que tienen esta inscripción: «Café cultivado en la huerta del Emperador Maximiliano en Acapancingo.—Cuernavaca.—Cosecha del año de 189...»

Era el mes de Junio de 1866. Maximiliano se en-

contraba allí con el pequeño séquito de sus íntimos: Eloin, Loysel, dos chambelanes y tres ó cuatro criados de inferior categoría. En Cuernavaca, en el mentado palacio de Cortés, como de costumbre, se había quedado la escolta de honor mandada por el coronel Miguel Lopez y una oficina en toda forma para el despacho de los asuntos imperiales. Para los casos urgentes había los correos necesarios y además algunas parejas de dragones recorrían constantemente el camino. En el mismo Cuernavaca se condimentaban algunos manjares, se elaboraban el pan y la repostería, sin que por eso dejara de haber en Acapancingo una buena cocina y una bodega rebotante de los mejores vinos europeos.

Hé aquí la vida que observaba el Soberano en su rústico chalet: se levantaba á las siete de la mañana, daba un paseo de media hora entre las olorosas flores de que estaban cubiertas las estrechas avenidas y entre los frondosos árboles que se veían como abatidos por sus colgantes frutas, yendo acompañado por las personas que él designaba; tenía singular placer en mojarse las manos en los arroyos cristalinos que se deslizaban por entre los matorrales y regresaba á la casita después de haber aspirado con ambos pulmones aquellas brisas deliciosas: se le servía el desayuno en el corredor, viendo caer el agua en el hermoso tanque que le servía de baño; se retiraba á su gabinete en donde encontraba ya su correspondencia y sus periódicos, tardándose dos horas en la lectura y en dictar algunos acuerdos; á las doce se metía en el baño, en el que, según decía, ex-

perimentaba goces indescriptibles, y luego que acababa de bañarse se le servía el almuerzo que saboreaba con gran apetito: la sobremesa se prolongaba hasta dos horas: daba después un largo paseo y volvía á su gabinete en donde permanecía solo una hora entregado á sus meditaciones ó á escribir algunas páginas de sus memorias; comía á las siete y en seguida jugaba á las cartas con sus amigos ó hacía que le leyeran algo que entretuviera su espíritu hasta las diez de la noche en que se metía en la cama para soñar grandezas y felicidades, entre las que no era la menor la de figurarse, aun despierto, que iba á legar un gran nombre á la historia, el de un príncipe que había sabido formar un pueblo propio para el régimen monárquico y una nación que pudiera designarse entre las de más elevada gerarquía.

¡Pobre príncipe! Con razón los elocuentes oradores anti-bonapartistas le estaban llamando en esos momentos en sus discursos pronunciados ante las cámaras francesas, un soñador y un romántico!

Cuando más entregado se hallaba á los placeres que le proporcionaba aquella lujuriosa naturaleza, esto es, al segundo día de haber llegado á su chalet, por la noche se presentó un correo de Cuernavaca llevando pliegos de México.

¡Muy importantes! decían las cubiertas de los pliegos.

Llevó á Eloin á su gabinete y entre ambos se apresuraron á abrirlos, encontrando en ellos la noticia siguiente que no dejó de producirles consternación:

«El general Escobedo con dos ó tres mil hombres

que acababa de organizar en la frontera, armados con rifles americanos de repetición, había causado la derrota más completa en el punto llamado Santa Gertrudis al general Olvera que custodiaba un rico convoy, habiendo perecido cien austriacos y quedando prisioneros ciento veinte de ellos, juntos con otros mil más del ejército que mandaba aquel jefe, el cual hacía sus marchas en combinación con otra columna francesa que estaba sitiada en Cerralvo. Aquel golpe, decían las cartas en que Bazaine daba la noticia, había hecho caer á aquellas horas la ciudad de Matamoros y probablemente iba á perderse también el puerto de Tampico y todas las poblaciones de la frontera.»

Como observara Eloin que Maximiliano se había quedado pensativo, se apresuró á decirle para comunicarle ánimo:

•—Príncipe, la guerra es la guerra, y así como los nuestros han alcanzado una serie de triunfos interminable, era preciso que alguna vez sufrieran un golpe.

—¡Oh! pero los austriacos muertos; pero mis queridos hermanos prisioneros. . . . ¿qué va á ser de ellos?

—Los perdonarán como siempre perdonan á todos los que caen en sus manos los juaristas por temor á las represalias.

—¡Oh! y esto en los momentos en que nuestros periódicos y nosotros mismos hemos asegurado á toda la Europa que la cuestión de la guerra en México podía darse por terminada.

—Sí, es un infausto suceso, pero no irreparable.

—Irreparable, irreparable: esos condenados ameri-

canos protejen muchísimo á los republicanos de México.

—Ahora Bazaine se convencerá de que es necesario desplegar más actividad.

—En caso de haber sido franceses los derrotados, sí; pero no los austriacos. ¿Qué le importan á Bazaine los austriacos y los mexicanos?

—Pero sí le importa su reputación militar y él es el responsable de los acontecimientos de la campaña. ¿No es él también el que da ya su misión de pacificar al país como terminada?

—Es verdad, ahora es preciso que le escribamos apremiándolo para que se mueva, para que pronto ponga en marcha un número de fuerzas bastante para hacer trizas á Escobedo.

—Eso es lo que debemos hacer, Majestad, y no lamentarnos de un hecho que no tiene ya remedio.

A renglón seguido escribieron á Bazaine cartas apremiantísimas, que probablemente iban á dar al Mariscal motivo para desternillarse de risa. El sabía cómo salvaba á sus franceses que estaban comprometidos; pero se preocuparía bastante poco de que Escobedo se hiciera dueño de toda la gran zona del Norte. Al fin él ya tenía todo lo que deseaba: mucha gloria, mucho dinero y un gran prestigio militar.

Apenas habían pasado otros tres días y apenas Maximiliano comenzaba á olvidar la gran desazón que le había producido la derrota del ejército austro-mexicano, cuando llegó otro correo apresuradamente en los momentos en que salía del baño y se preparaba á saborear su apetitoso almuerzo.

En esta vez no quiso hacer misterio de lo que los

pliegos le traían y mandó que se abrieran allí mismo en presencia de los que le rodeaban que llegaban ya á ocho personas en su mayor parte extranjeros de toda su confianza.

Los pliegos recibidos eran, unos enviados por Almonte desde Paris, y otros del ministro de Napoleón Mr. Drouyn de Lhuys, trascritos por Mr. Danó, que á nombre de su Soberano le decía entre otras cosas lo siguiente:

“El general Almonte ha puesto en manos del Emperador las cartas de S. M. el Emperador Maximiliano y entregado al Gobierno francés las comunicaciones de que era portador. S. M. tiene el sentimiento de deber expresar aquí la sorpresa que le han causado esas comunicaciones. Desde hace más de un año las instrucciones dirigidas á los agentes franceses en México, inspiradas por el sentimiento de los deberes y de las obligaciones recíprocas que hemos contraído, tenían por objeto hacer llegar al Gobierno mexicano consejos dictados por el interés de los dos países, no ménos que por la sincera amistad que S. M. profesa al emperador Maximiliano. Estos consejos parece que no han sido comprendidos. Bastante lo indican las proposiciones formuladas por el general Almonte, al mismo tiempo que ellas revelan la falta completa del conocimiento de una situación, sobre la que no puede diferirse el ilustrar á la Corte de México.

“No es ahora del caso recordar el origen de la expedición francesa, cuya legitimidad está demostrada; obligados á hacernos justicia, la experiencia del pasado nos imponía el deber de buscar garantías contra